

EL NIÑO SABIO.



NUEVA RELACION

en la que se refiere como un niño de seis años esplicó la fealdad del pecado mortal y sus consecuencias, con algunos pasajes de la Sagrada Escritura, consiguiendo que veinte y cinco bandidos se volbiesen á Dios, é hiciesen penitencia de sus culpas y pecados.

Dios Padre, Rey sempiterno,
 me dé su auxilio sagrado;
 Dios Hijo me dé su gracia,
 y Dios Espíritu Santo
 ilumine mis potencias
 y purifique mis labio
 para que acierte á contar
 el mas prodigioso caso,
 la historia mas peregrina
 que en los anales se ha hallado.
 Oigan todos los vivientes,

los que de doctos preciados
 siguen las huellas del mundo,
 sus devancos y engaños.
 Oigan, pues, vuelvo á decir,
 lo que un niño de seis años
 en este papel ofrece
 para nuestro desengaño.
 En la ciudad de Valencia,
 segun noticia me han dado,
 vivia Luis de La-Puente
 con Juana Nuñez casado.

El cielo les dió un infante,
á quien sus padres criaron
con santo temor de Dios
y documentos cristianos.
Apenas cumplió este niño
la tierna edad de seis años
puesto en oracion un dia
en su cuarto retirado
pidió á Dios le demostrara
una imágen del pecado
mortal, para que al mirarla
pudiera mejor temblarlo.
Oyó Dios su peticion
y en éxtasis elevado,
vió junto á sí una serpiente
tan horrible, que de espanto,
envuelto en un parasismo,
cayó en tierra desmayado:
volvió en sí del accidente
el niño, y deshecho en llanto
esclamó: ¡Dios de Israel!
si tan feo es el retrato,
¿qué será el original?
¿y es posible que haya tantos
que pasen toda su vida
en el deplorable estado
de la culpa, ¡oh mundo, mundo!
¿cómo tienes engañados
á los que siguen tus sendas!
Mas ya que Dios me ha ilustrado
con las luces de su gracia,
yo prometo dar de mano
á todas tus vanidades,
pues ya estoy desengañado,
que todas son apariencias
y deleites momentáneos.
No dijo mas, y con esto
salió de casa el muchacho;
en un cercano desierto
ansioso andaba buscando
una cueva para estar
libre en ella del pecado.
Mas Dios que siempre se vale
de medios extraordinarios
para hacer de pecadores
los mas memorables santos,
permitió que un capitán
de foragidos malvados,
que andan por aquellos montes
cometiendo mil estragos,
se encontrase con el niño;
y apenas le vió llorando,
le dijo: niño, ¿quién eres?
¿cómo tu pueblo has dejado?
Señor, le respondió el niño,
yo la ciudad he dejado

huyendo de un feo monstruo
que causa tales estragos,
que estoy temblando de miedo
solo de considerarlos.

—Dime, niño, y ese monstruo
que tanto á ti te ha asombrado,
¿sabes de dónde ha venido?

—Estoy muy bien enterado
que su patria es el infierno
y segun me han esplicado
tiene por padre al demonio,
él mismo es quien le ha enjendrado.

—¿Y sabes cómo se llama?

—Tiene por nombre, pecado,
y el sobrenombre mortal.

Quedó el capitán pasmado
al oír estas razones;
y asiéndole de la mano
le dijo: vendrás conmigo
adonde están mis criados,
pues tendremos sumo gusto
que nos esplices despacio
segun alcance tu ingenio
lo que es el mortal pecado.

Lo haré de muy buena gana
si el cielo me da su amparo.

Con este razonamiento
pronto á la cueva llegaron,
donde estaban los bandidos,
que eran unos veinte y cuatro;
juntos con el capitán
alrededor se sentaron
del niño, y de esta manera
empezó á catequizarlos.

Ya que deseau ustedes
oír hablar del pecado;
voy á principiar, si el miedo
me deja mover los labios.

Es el pecado mortal,
si bien lo consideramos,
el mayor mal de los males,
y segun sentir de un sabio,
es el conjunto de todos;

pues todos depositados
sin mezcla de bien alguno
se miran en el pecado.

Las sagradas Escrituras
nos dicen que es el pecado
mas feo y abominable

que todos los condenados
y demonios del infierno:

y para que conozcamos
su fealdad de algun modo,
oid este ejemplo claro.

Si todas las criaturas
juntase Dios en un campo,

asi hombres como brutos,
y despues de congregados
viesen un solo demonio,
seria tal el espante
que asombrados y confusos
dejarian los poblados,
y en el centro de la tierra
se esconderian de pasmo:
pues ahora bien, si un demonio
causa tan extraordinario
horror á cuantos le miran,
¿qué será un alma en pecado
mortal, estando mas fea
y aun mas horrible que cuantos
habitan un los abismos?
no hay voces para esplicarlo:
solo su meditacion
podrá bien desengañaros.
Rara fealdad por cierto,
dijo el capitan llorando.
Pues no es eso lo peor,
el niño prosiguió hablando:
prestadme atención un poco
si quereis oir los daños
que este mónstruo del infierno
en las almas ha causado:
él fué quien cerró las puertas,
de aquel Reino soberano,
haciendo que nuestros padres
quebrantasen el mandato
de Dios, comiendo la fruta;
¿qué tan horrible este daño
que nos aprisionó á todos
con tan formidables lazos,
que para librarnos de ellos
fué sin duda necesario
que Dios viniese á la tierra
á padecer con trabajos
una existencia menguada
como de treinta y tres años,
hasta dar su propia vida
con afrenta y con escarnio
en una Cruz, oprimido
con tres durisimos clavos...
Aquí todos los bandidos
soltaron la rienda al llanto,
y el niño siguió diciendo:
sabed, que por el pecado
envió Dios el diluvio
á todo el mundo anegando,
menos Noé y su familia
que quedaron encerrados
en el arca que el Señor
mandó hacer para librarlos.
El real profeta David
bien á su costa ha llorado

dia y noche sin cesar
los efectos del pecado;
y si registrais la historia
de este rey, profeta Santo,
á pocas hojas vereis
la peste que en su reinado
sufrió por la rebelion
este monarca tan sabio.
¿Quien hizo llorar á un Pedro?
¿Por qué vertieron su llanto
la Egipciana y Magdalena?
¿Quién hizo temblar á un Pablo,
á un Gerónimo, un Agustino,
y á otros de quien no hablo?
Ellos mismos nos lo dicen
si sus vidas registramos.
Por el pecado, tambien,
dicen los libros sagrados,
redujo Dios á cenizas
á todos los ciudadanos
de Sodomá y de Gomorra...
pero no necesitamos
de sucesos tan antiguos.
En nuestros dias lloramos
las funestas consecuencias
del grave mortal pecado:
¡las hambres, guerras y pestes,
que hemos experimentado!
¡tantos demolidos templos!
¡tantos pueblos abrasados!
¡tanta sangre derramada!...
¿quién sino el mortal pecado
ha sido la principal
causa de tales estragos!
—Dinos, niño, le dijeron:
si tan malo es el pecado,
ademas de los castigos
que nos dejás explicados,
parece debe haber otro
mayor para castigarlo.
—Sí, señores, un infierno
tiene el Señor preparado
para los impenitentes,
y aquel que muere en pecado
sufrirá dos grandes penas:
la una pena de daño,
que consiste en la privanza
de ver á Dios y sus Santos.
otra pena se padece,
que los teólogos y sabios
llaman pena de sentido,
y es nombre bien apropiado,
pues serán los miserables
gravemente atormentados,
con un fuego que lo enciende
el sopio de un Dios airado;

ademas de este fuego.
padecerá el desgraciado,
hambre, sed, hedor, tinieblas,
confusion, gemidos, llantos,
desesperacion y rabia,
y sobre todo, el gusano
de la conciencia, que siempre
les estará atormentando.

—Dinos, niño, y ese infierno
ha de durar muchos años?

— Para siempre, para siempre,
sin alivio y sin descanso,
sin fin, sin fin ni consuelo,
los míseros condenados
por toda una eternidad
serán allá atormentados.

—Basta, niño, que sin duda
eres del Cielo enviado
para nuestra conversion;
ya todos te confesamos
por maestro de virtudes,
y así á tus plantas postrados
te suplicamos nos digas
si hay como poder librarnos
de tan severo castigo.

—Un solo remedio hallo;
la observacion de la ley
de los Mandamientos santos,
es solo el único medio.

—¿Dí, y los yerros pasados

¿os perdonará el Señor?

—Está pronto á perdonarlos
con ambos brazos abiertos,
para cuyo fin clavado
murió como ya dijimos:

(es cuanto tengo que hablaros)
si con lágrimas perfectas
nuestros delitos lloramos.

Y ahora, dadme licencia,
porque quiero retirado
pasar en un monasterio
lo restante de mis años.

Llorando se despidieron,
dándose tiernos abrazos,
y al niño por esta empresa
le llaman el Niño Sabio,

pues con solo las ideas
que concibió del pecado,
á veinte y cinco bandidos
hizo ser buenos cristianos;

y en un convento se entró
de religiosos descalzos,
donde vive dando ejemplo
y la virtud enseñando.

Y los otros veinte y cinco
al punto se retiraron
unos á hacer penitencia
en los desiertos cercanos,

otros en los monasterios...
Dios premiará sus trabajos.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.